



ALFONSO HERVIAS

(† el 14-1-59)

El montañismo contemporáneo vasco acaba de experimentar un rudo golpe con la pérdida, física e intelectual, de uno de sus mejores valores «vanguardistas». Porque —hasta que este hombre fue impedido por penosa enfermedad, tanto con sus meritísimas actividades individuales, como a través de la eficaz y leal colaboración desarrolla en su puesto como Secretario de la Delegación Regional de la F.E.M.— supo mantener fielmente, siempre con optimismo, normas de reconfortante ejemplaridad.

De su época de «federativo», y como obra personal, nos ha dejado diversos trabajos de divulgación montañera; tales son: el titulado «Fundamento de las marchas reguladas por montaña y normas de clasificación», así como también el folleto «Señales de socorro en montaña y primeros auxilios».

Su espíritu idealista, de aventura (que todo verdadero montañista lleva consigo), condújole a la realización de las más atrevidas y recias

PYRENAICA

empresas, tanto en España como de fronteras afuera. Así tomó parte principalísima en la que luego resultó trágica expedición al «Mont-Blanc», el año 1953; y entonces, con una reacción de admirable serenidad y decisión —al frente de los supervivientes, primero, y luego en Chamonix— fue el hombre incansable (hasta el agotamiento) en la búsqueda y organización del rescate de los infortunados camaradas desaparecidos.

No me cabe duda de que en el fondo de su alma sensible agitábase el recuerdo vivo, dolorido, de aquellos hermanos de nobles afañes montañeros que sucumbieron allá sobre la gran cima alpina. Y, al año siguiente, se fue a pasear su pena a través de las cumbres solitarias de la legendaria Sierra Nevada..., para —en la quietud de noches sublimes, pasadas «a la belle étoile»— durante cinco días de incesante peregrinar por nevadas cimas y salvajes barrancos, poder reanudar espiritualmente el interrumpido diálogo de Mont-Blanc.

Vuelto a su hogar, Alfonso Hervías sintió la garra de un nefasto mal físico que poco a poco fue acabando con su recia naturaleza, inutilizándolo para toda clase de actividades; situación que supo sobrellevar con un temple admirable, como hombre y como cristiano. En semejante situación —contra lo que algunos pudieran suponer— era para él tónico reconfortante el revivir sus más bellos recuerdos de montaña con los amigos que le visitábamos, o bien mientras se dedicaba a narrarlos sobre sendas cuartillas.

Ya con anterioridad a tan funesto desenlace, la Asamblea Vasco-Navarra de Sociedades de Montaña celebrada en San Sebastián tenía acordado —como reconocimiento al mérito de sus servicios y simpática personalidad— dedicarle un cariñoso recuerdo. Recuerdo que —como homenaje póstumo— la señora viuda e hijos de Alfonso Hervías han de estimar verdaderamente.

Montañeros somos, y como Alfonso hiciera en Sierra Nevada..., al llegar a la cima de nuestras nobles ansias dediquemos siempre un recuerdo para aquellos que tanto amaron las montañas y nos hicieron quererlas. Y el Señor escuchará complacido nuestra súplica.

ANGEL DE SOPEÑA Y ORUETA